

ODIO EN LAS MANOS



MARÍA GÓMEZ

Ana García de la Serna es psicóloga y trabaja por inercia en el departamento de Recursos Humanos de una gran empresa. Movida por la decisión de su madre de trasladarse a la India y de cederle su lugar en el gabinete de psicología del que es cofundadora, decide aceptar el reto y salir de su zona de confort. Pero su primera paciente se convierte en un desafío para el que no está preparada. Rosario Jiménez, agente de la Policía Nacional, le revela en consulta que piensa cometer un asesinato. Ana no sabe si romper o no el secreto profesional y denunciarla. Su instinto le dice que detrás de toda esa frialdad, de toda esa rabia, se esconde algo todavía más aterrador. Y no está dispuesta a parar hasta descubrirlo.

*A mis padres,
por encender la mecha de mi creatividad.*

«Estoy seguro de que a cualquiera le gusta un buen crimen, siempre que no sea la víctima».

ALFRED HITCHCOCK

1

Odio en las manos

Lunes, 29 de enero de 2018

Gabinete de asistencia psicológica Anima (Quintana, 27)

Siento odio en las manos.

Cuando lo dijo, mis ojos se abrieron como platos y sus pupilas se contrajeron de golpe. No pude aguantarle la mirada. El corazón se me aceleró; notaba las pulsaciones en la garganta y en la cabeza, por dentro del cráneo, como si martilleasen en un compás de 2/4 cada una de las arterias diminutas de mis meninges. Sentí unas punzadas en el estómago y, de pronto, se me encogió, golpeado por un intenso dolor iceberg: solo percibía la punta de todo lo que estaba por llegar.

Ella aguardaba en silencio, respiraba despacio y su cuello se erguía segundo a segundo, alargándose majestuosamente, como el de las mujeres padaung de Birmania, «las mujeres de cuello de jirafa», pero sin los anillos de latón alrededor. Firme, segura y un tanto altiva.

Una calma tensa inundó la consulta. Su tono agresivo-pasivo me inquietaba y esas cinco palabras contundentes seguían retumbando en las paredes, con el eco de la rabia, la ira y la desesperación. Sus ojos se habían pintado de sentencia y los míos seguían clavados en el arma que reposaba en su cadera izquierda, enfundada y anclada a

un cinturón robusto. Era un arma corta, reglamentaria, y estaba estratégicamente a la vista; ella quería que la viera y yo, sin duda, la veía. Supe entonces que mi cuerpo no se quejaba por una migraña, ni eran nervios de novata, ni siquiera se trataba de una mala resaca por las últimas copas que podría haberme ahorrado la noche anterior. Lo que me pasaba era que estaba acojonada.

–Siento odio en las manos –repitió.

Lo volvió a escupir sin titubear, sin que le temblase la voz, mirándome fijamente a los ojos. Lo dijo y, a pesar de que los músculos de su cara se movían al hablar, estaba inmóvil. Inmóvil, inexpresiva y atrapada. Como la *Victoria alada* de Coullaut Valera que preside el mítico edificio Metrópolis de Madrid: una alegoría de la libertad, según el autor; una auténtica contradicción, según su propia historia. Durante los enfrentamientos entre los persas y los griegos en la Primera Guerra Médica, tras la victoria de Atenas en la batalla de Maratón, hubo un soldado que consiguió correr cuarenta y dos kilómetros hasta llegar a tierras heLENas y proclamar la victoria de sus tropas al grito de *Niké!*, para luego derrumbarse y morir.

Eso era justo lo que había venido a hacer Rosario a mi consulta.

–Siento verdadero odio en las manos. No había sido consciente hasta ahora, pero ya no puedo más, no voy a esperar a que llegue el siguiente *jardalaso* –repitió con el mismo tono inerte, pero ahora con un pellizco en su hablar–. Voy a matarle y yo voy a ir detrás. Esta no es vida para un niño. Esta no es vida para nadie. No es vida... Voy a meterle *por vereá pa'siempre*.

Ella, igual que la diosa de la victoria que corona los cielos madrileños, estaba dotada de «alas». Era joven, algo más de treinta y cinco, no más de cuarenta. Contaba con un trabajo estable, a juzgar por su uniforme de policía nacional. Tenía dinero o la intención de parecerlo, había dejado –tan a la vista como su arma– las llaves de un Merce-

des y un bolso de firma, de los que bien podían pagar mi alquiler unos cuantos meses. Me sorprendió su manicura impoluta en un brillante y llamativo color vino, que contrastaba con el azul marino del traje reglamentario. Era atractiva y sensual, pero sutil; con el pelo largo, peinado con esmero para ocultar, con unas suaves ondas, un rizo potente y bravo, del mismo negro tizón que sus ojos. Le notaba un pequeño deje, un *quejío* al hablar que, sumado al poderío de su porte, me hacía aventurarme a pensar que era cordobesa. Pero, por encima de todo, era fuerte. Llevaba apenas dos minutos con ella y ya había detectado que era tierna y sensible, pero cargada de una gran fortaleza; lo confirmaban su mirada, su voz, su presencia, su empaque, su planta, su forma de cerrar los puños, sus dientes apretados al hablar y algunos moratones que había tratado de disimular con algo de maquillaje mal extendido. Sí, sabía que Rosario era fuerte. Pero creo que la que nunca lo supo fue ella.

Porque Rosario, como la *Victoria alada* de la calle Alcalá, tenía alas. Pero al igual que la estatua, cubierta por más de treinta mil panes de oro de veinticuatro quilates, aunque era todo belleza por fuera, por dentro se consumía, se asfixiaba día tras día. A pesar de sus alas, Rosario no podía volar.

Me vomitaba esa podredumbre que llevaba dentro y que quemaba al salir, y yo no podía dejar de mirar el arma que aguardaba en su cadera. ¿Estaría cargada? Como aquel vómito de su dolor, un alud de dudas invadió mi mente en avalancha. ¿Debía llamar a la policía? ¿Iba realmente esa mujer a cometer un asesinato? ¿Un suicidio? ¿Ambos?

Pero el miedo me había paralizado. Permanecía petrificada ante ella. Pasaron dos minutos. Quizá tres. No hizo falta que yo reaccionara; el teléfono de Rosario sonó y, en una fracción de segundo, ella miró la pantalla y, sin con-

testar, cogió su bolso, sus llaves y se fue dando un portazo. No sin antes decirme desde la puerta:
–Son cucarachas del mismo calabazo.

2

Encargos

Martes, 23 de enero de 2018
GlobalMedia (Gran Vía, 42)

Había olvidado el móvil en casa, algo muy raro en mí, porque nunca cierro la puerta sin asegurarme de que lo llevo conmigo; como si se tratase de una necesidad vital, una bombona de oxígeno con la que poder respirar durante las veinticuatro horas del día. «Érase una mujer pegada a un *smartphone*», habría escrito Quevedo si me hubiese cambiado por Góngora en un soneto 2.0. La verdad es que me sentía un tanto desnuda, nerviosa, con una ansiedad extraña que no sabía si se debía a mi adicción a las redes sociales o a un mal presentimiento.

La jornada estaba siendo agotadora, sobre todo emocionalmente. Cada vez quedaba menos para el ERE y la empresa me presionaba para que elaborara aquella lista con el nombre de los treinta trabajadores que serían despedidos. GlobalMedia, a pesar de las pérdidas de la última etapa, se mantenía líder en el sector audiovisual y la presión era máxima. Una corporación grande, con más de trescientos en plantilla (eso sin contar a los falsos autónomos, que eran cada día más, más jóvenes y en condiciones más precarias), así que el Estatuto de los Trabajadores era claro: debían ser treinta. Treinta a la puta calle. Detes-

taba mi trabajo en general, pero este tipo de «encargos» los odiaba por encima de todo. Me sentía como la mafia siciliana. Sí, eso era yo, una sicaria al servicio de la mafia.

¡Que esa gente llevaba toda la vida ahí, joder! En su mayoría eran empleados que superaban los cincuenta y que lo habían dado todo por la «casa», como les gusta decir a los jefes («la casa»... «*la famiglia*»... *Oh, Dio, sembrano simili!*¹¹). O por la casa que un día fue, porque, desde que casi cinco años antes la absorbiera el gigante francés *Systeme*, perdió gran parte de los valores que la hicieron crecer y consolidarse como una de las punteras del sector audiovisual en Europa. Y su esencia se vio mermada. Desde la expansión, había cambiado su olfato periódico y sus principios éticos por inversores, avales, préstamos, estadísticas y cuadrantes de gastos. Y a sus trabajadores... Estos habían pasado a ser simples números. Una «casa» vendida al mejor postor y que, en consecuencia, había vendido su alma. En ese nuevo escenario, a mí se me exigía dejar a un lado la empatía y, como buena mafiosa, elegir un método pragmático para ejecutar mi plan: «La mafia siempre elige el camino más breve y el menos arriesgado».

Me descubrí, de pronto, googleando de nuevo «*lupara bianca*», un concepto que ya había buscado años atrás, mientras leía *Cosas de la Cosa Nostra*, de la periodista francesa Marcelle Padovani. Allí resumía las más de veinte entrevistas que tuvo con el juez italiano Giovanni Falcone, el magistrado que pagó con su vida el haber puesto contra las cuerdas y llevar ante la justicia a la Cosa Nostra, una sociedad secreta mafiosa, que llevaba operando en Sicilia desde mediados del siglo XIX. De sus relatos me llamó la atención ese término, *lupara bianca*, que significa «escopeta blanca», y consiste en deshacerse de la víctima designada («el encargo») sin dejar rastro. Aseguraban que la típica escopeta recortada, con cañón más corto y sin culata, o las míticas automáticas que tanto hemos visto en el

cine de gánsteres y mafiosos habían pasado de moda. Falcone contaba que el fuego cruzado que todos tenemos grabado de *El Padrino* (como el que casi acaba con Don Vito Corleone en la famosa escena de la frutería, o el que, por el contrario, sí que acaba matando a su hijo Sonny en el puesto de peaje) ya es algo anacrónico. La mafia de nuestros días prefiere operaciones discretas, que no llamen la atención. La Cosa Nostra hoy suele escoger el estrangulamiento como principal técnica homicida: no hay heridas, no hay sangre; en definitiva, no hay escándalo. Y, tras la muerte, el cuerpo es disuelto en un cubo de ácido y al desagüe. Chimpún.

Lupara bianca: simple, discreta y efectiva.

Empecé a imaginar las cañerías, las alcantarillas y la red de saneamiento de Sicilia plagadas de pequeños restos de «encargos». Quizá un diente no había llegado a deshacerse y navegaba veloz por las tuberías. Puede que una uña hubiera conseguido salir a flote y nadara en el váter de algún vecino de Città Vecchia. Tal vez los sicilianos llevaban años lavándose, cocinando o regando las plantas con agua cargada de restos de una larga lista de traidores y enemigos del *capo di tutti i capi*^[2].

Visualicé la imagen y me entró la risa. Mariángeles, desde su mesa de enfrente, me castigó en silencio con una mirada de reproche. La pantalla de su ordenador estaba calzada por tres grandes libros que habían llegado de promo y que nadie había querido llevarse a casa. Los había rescatado de una montaña de ejemplares, lo que en la redacción conocíamos como el «cementerio de los publicados impublicables», algunos incluso dedicados y con sus respectivas notas de prensa: eran los libros desterrados. Y a pesar de los tres infumables tochos, Mariaje (como la llamaba para chincharla, y por cariño también) alcanzaba a controlarme desde su sitio.

Yo había entrado en la empresa unos meses después que ella, hacía más de diez años ya, y aunque solo era un

año menor, tendía a tratarme con condescendencia, como si aquellos meses en los que me enseñó el oficio a mi llegada se hubieran alargado para siempre. Disfrutaba tratándome como a una hija y mezclaba el amor real, forjado tras tantos años trabajando juntas, con la superioridad moral. También le gustaba infantilizarme en nuestras conversaciones, pero no como Balldoví, mi jefe, cuando me llamaba «nena» o «chiqui» antes de preguntarme si ya tenía el encargo listo. No, ella lo hacía con cariño.

Mariaje era bajita, con la piel de un tono blanco oficinista, el pelo corto muy rizado, como una escarola enfadada, y unos ojos azules hipnotizadores. Gallega, de El Grove, yo siempre le decía que llevaba la ría de Arosa en la mirada. Cuando se ponía a redactar contratos, su parte preferida del trabajo, inclinaba la cabeza sobre el teclado y desde mi sitio solo veía una maraña de pelo oscuro moviéndose como en el pogo más intenso de un concierto de AC/DC, mientras oía el contundente aporreo de las teclas. Perfeccionista, poco dada al chismorreó, algo conformista (ya tenía que serlo para que trabajar en recursos humanos le pareciera apasionante), pero, por encima de todo, buena persona. Y si había algo que nunca faltaba en su escritorio eran los pósits. Mariaje vivía rodeada de pequeñas hojas cuadradas de todos los colores, algo que le daba el único punto de luz a nuestro frío y gris despacho de la planta novena, en la que no me había sobrevivido ni un triste ficus. Pósits para recordar llamadas pendientes. Pósits para recordar reuniones importantes. Pósits para recordar recoger el vaquero con el bajo metido que ya le tenía preparado la modista de su barrio. Pósits para recordar comprar pósits.

Y entonces recordé que yo también tenía cosas que bien podrían haber llenado uno de esos papelitos fluorescentes. Debía elaborar una lista y reconecté *ipso facto* con la pantalla de mi ordenador y con mi hoja todavía en blanco. Cerré la pestaña con la búsqueda de *lupara bianca* y la

borré de mi historial, no sin notar un pequeño amargor en la boca por descubrir en mí, una vez más, cierta fascinación obscena hacia ese tipo de historias truculentas. Sí, el crimen organizado estaba en el Top 3 de mi delincuencia predilecta.

Conseguí dejar los capos a un lado y me puse de nuevo con mi encargo. Ya había elegido un plan. Probablemente fuese el peor posible, pero tenía un plan.

Para elaborar la lista, había decidido hacer una visita a las plantas séptima y octava, donde estaban la redacción, el vestuario, el atrezo y las pequeñas cabinas de grabación. También había algunos despachos de dirección, pero esos evidentemente los obvié. Después bajé al inframundo de la planta baja, donde estaban los estudios y los platós. Ingenua, pensaba que viendo a la gente en el fragor de su trabajo podría comprobar quién merecía seguir ocupando su puesto y quién ser tirado por el desagüe, a la siciliana. El plan no podría haberme salido peor.

Me encontré con Alicia Prieto, que llevaba treinta años al frente de la redacción de programas y que, justo en ese momento, estaba explicándoles con pasión a los nuevos becarios (becarios que seguramente acabarían ocupando el puesto de Alicia, o de los y las otras Alicias de la empresa, por trescientos euros) lo maravilloso que era escribir un guion.

Después me encontré con Enrique Gallardo, director de producción, que estaba muy contento porque habían conseguido cerrar una entrevista con Nadia Comaneci para el documental que estaban preparando sobre mujeres pioneras en el deporte. «¡Nos vamos a Montreal, nos vamos a Montreal!», repetía eufórico. Comaneci, a sus cincuenta y seis años, seguía en forma y estaba dispuesta a enfundarse el maillot y repetir aquel primer 10 perfecto. Enrique no dejaba de dar saltos y a mí me conmovía comprobar cómo, después de veintiséis años haciendo el mis-

mo trabajo colgado de un teléfono, seguía celebrando cada «sí» de un invitado como un triunfo único.

Después entré en la sala de montaje y posproducción. Vi a lo lejos a João Calvino, el mejor director y realizador de documentales del país. Su currículum era inconmensurable. Su objetivo había retratado a los señores de la guerra en Somalia, a las barras bravas en Argentina o los ataques con ácido en Pakistán. Por no hablar de la larga lista de conflictos bélicos y civiles como los de Sri Lanka, Chechenia, Sierra Leona, Zimbabue o, más recientemente, Siria. También había sido testigo de cómo viven en las peores cárceles los peores reclusos. Un documentalista incansable, que recorrió medio mundo para enseñarnos a través de su lente lo que sus ojos habían visto. Me fijé precisamente en sus ojos y me percaté de que estaban más grises de lo habitual. En realidad, era como si él mismo estuviese pintado de gris, envuelto por un gran nubarrón. Me preocupaba verle así, y no era la primera vez en los últimos tiempos. Por eso, siempre que podía, me paraba un rato a charlar con él, ya que era una auténtica enciclopedia con patas. Pero no sería ese día; no había tiempo para terapias improvisadas, ni para batallitas de vaca sagrada.

Antes de tirar la toalla, me di un garbeo por maquillaje y peluquería y también asomé la cabeza por los camerinos. Mi gozo en un pozo; solo me fui encontrando a gente apasionada con su trabajo, enamorada del medio y que le había entregado media vida a la empresa. Se me encogió el estómago al pensar que a treinta de ellos los pondrían de patitas en la calle. «Niña, que fuera hace mucho frío», me repetía Balldoví cada vez que entraba en su despacho alguno de los trabajadores para pedirle una mejora de las condiciones. Treinta de ellos estaban a punto de notar el frío en sus carnes y no tenía ni un solo motivo para lanzarles a ese invierno. Odiaba mi trabajo. Lo odiaba profundamente. Y me enfurecía que un gigante como GlobalMedia usase de escudo a una hormiguita como yo para echar a

los curritos que sacaban la empresa adelante y así seguir pagando cantidades ingentes a sus altos directivos.

Tras comprobar que en la camorra no hubiese durado un asalto, volví a mi sitio en la novena. Mariaje ya se había ido; era absolutamente eficaz y capaz de hacer su trabajo en las ocho horas que la empresa le pagaba. Ocho horas exactas, puesto que nunca regalaba ni un minuto. Yo tampoco estaba para regalar nada, así que decidí dejar para el día siguiente esa hoja pendiente de rellenar. Estaba a punto de apagar el ordenador cuando me saltó un aviso de un correo de entrada. Vi que era de mi madre. Tenía ganas de llegar a casa, así que no lo abrí; sería uno de sus típicos correos en los que me recomendaba una lectura, uno de sus próximos talleres o, simplemente, me adjuntaba una frase que había leído y le había gustado. La última que había recibido era de Carles Capdevila: «Cuando hablo de “vivir con humor”, no quiero decir que riamos todo el día». Pues ese día yo no estaba de humor.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue ir a por mi móvil. Parecía una yonqui que buscaba su dosis. Una vez lo tuve en las manos, sin encenderlo siquiera, sentí alivio. ¡Estaba realmente enganchada a ese cacharro! Lo puse a cargar porque estaba apagado, algo extraño ya que suelo ser muy cuidadosa para que nunca baje del maldito veinte por ciento... Y aquellos segundos, hasta que se cargó lo suficiente y vi la manzana mordida en la pantalla, se me hicieron eternos.

Tenía tres notificaciones de Twitter, dos de Instagram, ocho wasaps (todos del maldito grupo de yoga al que llevaba meses sin ir y al que probablemente no iba a volver) y nada en Tinder. Qué sorpresa...

Y entonces vi que tenía tres llamadas perdidas de mi madre. Tres globos rojos. Tres. Eso sí que era una sorpresa. Hablamos de la mujer más desconectada de la tecnología que conozco, así que debía de ser urgente. La llamé, dos y tres veces, y probé también en su despacho a pesar